

La universidad interdisciplinaria

ALBERTO GUTIERREZ S. J.*

INTRODUCCION

Históricamente la relación entre ciencia y universidad ha sido fecunda: la universidad nació para cultivar la ciencia; la ciencia halló en la universidad su santuario preferido. Aunque por siglos se hizo ciencia sin universidad, es evidente que cuando ésta cristalizó en la Edad Media occidental, el esfuerzo científico se hizo más productivo y ciertamente más organizado y sistemático. Razón tiene d'Ir-say cuando afirma que "la historia de las universidades es, en gran parte, la historia del pensamiento humano"¹. Sin embargo, hay que reconocer que se trata de una relación muy peculiar y mudable en el tiempo; inclusive, que está sometida a veces al azaroso influjo de factores extrínsecos, el político por ejemplo, que amenaza con convertir ciencia en poder y universidad en elemento del totalitarismo. De allí que haya que ponderar mucho cualquier juicio de valor sobre la relación entre lo que le pertenece al hombre en cuanto inteligente, la *ciencia* y lo que es el ambiente creado por el hombre en cuanto buscador social de esa ciencia, la *universidad*.

La historia del devenir científico y la del desarrollo de las universidades guardan un paralelismo básico en el que no siempre es fácil determinar cuál es el motor y cuál el móvil: si es la ciencia la que produce los grandes cambios en la universidad o si es ésta la que, mediante la investigación, promueve los progresos significativos en el campo científico.

* Trabajo presentado en el Simposio permanente de la universidad, como delegado de la Universidad Javeriana.

1. Citado por ALFONSO BORRERO, *Idea e historia de la Universidad medieval*. Simposio Permanente sobre la Universidad, 1a. Unidad; 1a. Conferencia, Bogotá 1981, p. 96.

De todas maneras, la universidad desde sus orígenes y en virtud de su misma esencia, se ha conformado de cara a la ciencia hasta el punto de que una de sus notas esenciales es su carácter científico, no tanto por ser acumuladora de ciencia, sino por el poder generador de conocimientos que posee, es decir, por ser corporación de hombres con el objetivo de la ciencia. En este sentido hay que afirmar que la universidad frente a la ciencia se comporta como el entendimiento a la vez pasivo y activo: pasivo, en cuanto recibe del inmenso caudal de la ciencia hecha; activo, en cuanto se suma a ese caudal con aportes a la ciencia por hacer. La universidad es biblioteca y archivo; es taller y laboratorio; su historia científica es mirada hacia atrás para, con base en su propia experiencia, asomarse al porvenir. La difícil tarea de adaptar sus esquemas funcionales a su doble carácter de corporación de hombres dedicados a la actividad científica y de entidad de educación superior, ha llevado a la universidad a distinguir entre los dos movimientos que ha tenido la ciencia a lo largo de los siglos, que no son otros que los que tiene en la mente de cada científico: el centrípeto que tiende a la unidad del saber y el centrífugo que obedece a la necesidad de especialización y de diferenciación de los saberes, es decir a la pluralidad de las ciencias. Al proceso unificante responde la universidad, si es verdadero universo unificado de las ciencias, con su estructura de universidad operante sobre la realidad una y múltiple en bien del hombre y de la sociedad. Si no es verdadera universidad, no tendrá otra respuesta que la de ser una amorfa constelación de especializaciones sin respuesta a los reales objetivos de la ciencia. Al proceso pluralizante, la universidad responde con sus organismos subordinados, múltiples, relativamente centrífugos, orientados al cultivo de una ciencia o conjunto de ciencias con miras a la investigación y la docencia en una de las líneas profesionales que conforman el todo del quehacer social. La universidad medieval, invocando la semántica latina, habló de las *facultades* como de virtudes, poderes y potestades diversas o, siguiendo a Boecio, como de determinadas disciplinas científicas en una única universidad del saber.

En las primeras universidades del siglo XII se habla de "doctores de diversas facultades" en el sentido de disciplinas o porciones de la ciencia, que conforman la universidad de la ciencia total (*universitas scientiarum et personarum*); sin embargo, esas mismas universidades eran consideradas (y era su razón de ser) "como el lugar privilegiado para la integración del saber, es decir para el saber sintético. Y así fue la Universidad medieval la cual, en algún senti-

do, poseía un cierto saber antes de lanzarse al estudio de las disciplinas especiales. Cada rama comenzaba obligatoriamente su exposición, por una especie de toma de posición, situándola en relación con el sistema conjunto del saber humano"².

La consideración de la unidad y de la multiplicidad de la ciencia nos lleva necesariamente a concluir que también en el seno de la universidad se tienen que dar *unidad y multiplicidad* frente a la ciencia. Alfonso Borrero expresa esta idea de la siguiente manera: "la unidad es de la universidad. La diversidad sería de las ciencias y de las disciplinas convergentes en la unidad del saber"³. La frase está cargada de sentido y merece un comentario: "la unidad es de la universidad", es decir, universidad es universo unitario de personas y ciencias; la universidad es, por consiguiente, función centrípeta de personas y ciencias, unidad en la diversidad. "La diversidad es de las ciencias", es decir, hablando en el plano concreto de las universidades históricas, la diversidad responde a la necesidad de cultivar por "facultades" las diversas disciplinas; las facultades son, por tanto, función centrífuga de personas y ciencias que, aunque teniendo el objetivo último de converger en la unidad de la universidad son diversidad en y para la unidad.

El análisis de la unidad y diversidad de la relación ciencia-universidad nos llevaría lógicamente al proceso histórico y, en último término, a los modelos diversos de universidad que se han dado a lo largo de los siglos; quizás de esa manera se podría ver hasta dónde la evolución del proceso científico, considerado como realidad social, ha determinado el ser de las universidades en cuanto instituciones científicas y sociales. Sin embargo, preferimos en este momento el análisis de ese carácter científico de la universidad considerándolo en sí mismo y precisamente en su doble aspecto de unidad y diversidad, determinante del ser y del quehacer de la universidad.

LA UNIDAD DE LA UNIVERSIDAD

La universidad no nació al servicio de una ciencia o disciplina particular, ni para proteger corporativamente el oficio de un determinado grupo profesional por caracterizado que fuera, por

2. MUNERA ALBERTO. *La Facultad de Estudios Interdisciplinarios, en la Universidad Javeriana en 1976*, p. 131.

3. BORRERO A. *op. cit.*, p. 28

ejemplo, de teólogos, artistas o juristas. Es notable el hecho de que los gestores de la universidad hayan aplicado principios corporativos tan ligados a oficios tan concretos como los de los gremios medievales a algo tan omnicomprendivo como la tarea de la ciencia y que, en vez de surgir la facultad de teología o de derecho o de artes o inclusive de medicina antes que la "universitas personarum et scientiarum", sea esta la unidad básica en su indefinición de contenidos y en su universalidad de objetivos. Ciertamente se da aquí el caso de una institución que respondió a las exigencias de un espíritu autónomo surgido de las luchas de los siglos XI y XII. Más que una institución gremial con caracteres específicos, la universidad surgió como una entidad consciente de su esencia de realizadora del ejercicio autónomo del espíritu en el universo de la ciencia.

Se podría argumentar que no era difícil imaginar la unidad de la universidad en un mundo en que la ciencia estaba en pañales y en el que no se había verificado la gran revolución de los métodos empíricos. Sin embargo, cáigase en la cuenta de que los primeros núcleos universitarios vivieron en plenitud el problema de la diversidad de las ciencias y no temieron afrontarlo con un criterio que no era otro que el de la ciencia misma. La unidad de la universidad no provenía de una uniformidad de contenidos y métodos, sino de la realidad misma de la ciencia que si era ejercicio del hombre tenía que gozar de la unidad del entendimiento humano aplicado a la inteligencia de la gran tetralogía problemática de todos los siglos y de todas las culturas: hombre, mundo, sociedad, Dios. Así, el teólogo era consciente de tener un campo específico de actividad distinto del campo del filósofo, del jurista y del médico; no obstante su concepto disciplinar, consideraba que su esfuerzo no era aislado, esotérico, propio de iniciados, sino que era un esfuerzo corresponsable con el de sus colegas los científicos de otras vertientes que tenían su propia posición frente a la tetralogía problemática y aportaban su propia versión de ella con un criterio autónomo pero servicial dentro del todo de la ciencia.

Se trataba de una posición absolutamente consciente de los límites de la propia disciplina y vigorosamente entroncado en el flujo vital de las diversas ciencias frente a un mismo núcleo problemático que era el panorama total de la ciencia.

Se podría hablar de una máxima amplitud de panorama problemático y de un mínimo de fijeza en cuanto a la comprensión de

cada uno de los elementos de la tetralogía; inclusive se podría llegar a afirmar que la universidad, antes de la revolución empírica, no llegó a afrontar, en toda su amplitud y profundidad, el problema concreto del hombre, del mundo, de la sociedad y de Dios. Sin embargo, hay que reconocer que el carácter unitario de la actividad científica de la primera universidad no era fruto de su pobreza intelectual y de la escasez de contenidos, sino de la convicción de que la única salvaguarda de la ciencia diversificada radica en su función de servicio a la ciencia unificada entendida como tarea del hombre para el hombre y para la sociedad. De allí que la universidad aspiró a ser desde sus comienzos un foro que uniera a los hombres de todos los tiempos, un auténtico foro de discusión al que tuvieran acceso todos los que tuvieran algo que decir con respecto a la tetralogía problemática de lo real. Aunque sea pura imaginación, valdría la pena pensar en el papel de un Bacon o de un Comte en el seno de la universidad primigenia. Hubieran producido una gran revolución metodológica y un gran cuestionamiento a la concepción de la tetralogía; pero no hubieran desentornado en su producción científica y ciertamente no hubieran tenido que destruir la universidad existente. El problema de la unidad de la universidad no es cuestión de contenidos ni de métodos. Es cuestión de concepción de la ciencia como ejercicio autónomo del espíritu y es este el que da unidad a lo que produce el hombre de todos los tiempos.

LOS CUATRO NIVELES DE UNIDAD DE LA UNIVERSIDAD

Alfonso Borrero consigna una buena definición de la universidad por sus notas y funciones básicas: "Hoy seguimos afirmando concretamente que la universidad es corporativa, universal, científica, autónoma y destinada a fungir con altura superior sus ejercicios respecto al hombre, a la ciencia y a la sociedad; y que sus funciones son las de investigar, enseñar o transmitir y servir al hombre y a la sociedad"⁴. Al analizar esta definición teniendo como telón de fondo la historia de la institución universitaria, se llega a la conclusión de que existen por lo menos cuatro niveles en la realización de la unidad de la universidad en su relación con la ciencia. Vale la pena anotarlos porque quizás así podamos empezar a entender el papel de la institución de educación superior con res-

4. Ibid, pp. 93-94

pecto a la cultura de un pueblo que, como anota el mismo Borrero, "ha sido y será siempre una labor corporativa, un esfuerzo de unidad concertada"⁵.

El primer nivel, fundamental y consecuente del estado de inserción de la universidad en un medio cultural concreto, es la unidad que surge de la opción teórica y práctica de una *concepción humanística* global y globalizante de los procesos universitarios de investigación, docencia y servicios a la sociedad. Difícilmente se puede dar una unidad de la universidad donde no existe una *opción filosófica subyacente* capaz de darle sentido al ser y al quehacer de una institución que está al servicio de un determinado tipo de hombre y de sociedad. Podría hablarse aquí de compromisos a priori del andamiaje institucional e inclusive de opciones determinantes de los resultados que se presenten con el ejercicio docente e investigativo. Sin embargo, hay que caer en la cuenta de que se trata de los cimientos de una institución que debe prestar su servicio sabiendo lo que hace dentro de un marco de honradez para con todos los que quieren participar de la labor cooperativa. Sobra decir que el humanismo fundamental de la universidad debe respetar, si no, no sería humanismo auténtico, la autonomía de la ciencia y de la investigación como ejercicios de la verdad y como medios de educación integral; inclusive es labor de la universidad criticar científicamente su propia concepción humanística, para ajustarla en aquellos puntos en que debe ser ajustada. Pero, de todas maneras, tiene que tener un estatuto básico que le permita decir qué piensa del hombre y de la sociedad y cómo concibe su actividad investigativa y docente. De lo contrario la universidad, si es que puede funcionar, será un mero conglomerado accidental de entes alrededor de una administración incapaz de fijar objetivos y, mucho más, de establecer prioridades.

El segundo nivel, consecuencia de la naturaleza científica de la universidad, es el de la necesaria *actitud dialogal entre las ciencias* que hallan su sitio en ella. La unidad que surge del diálogo científico, diálogo que es dar y recibir, atañe directamente a las personas reunidas en las facultades cuya obligación centrífuga de especialización disciplinar de ninguna manera puede reñir con la gran tarea humanística de la que se ha hablado en el aparte anterior. La actitud dialogal interfacultades tiene como finalidad básica el tratar de dar soluciones totales al hombre y a la sociedad según las opcio-

5. Ibid, p. 94

nes fundamentales de la universidad; en otras palabras, pretende darle cohesión y, por ende, funcionalidad tanto a la investigación como a la docencia y al servicio que se presta a la sociedad por medio de la tarea científica.

El tercer nivel, consecuencia de la problemática real y concreta de la sociedad de la que la universidad hace parte, es el de la *adecuada selección y participación de las ciencias interesadas en un programa de interés social* con miras al progreso de los individuos y de la colectividad. La unidad programática de la universidad es tan extensa como la imaginación de los que en ella trabajan y va desde la búsqueda de una educación cada vez más personalizante, hasta el progreso de la ciencia misma y el encuentro de soluciones para los problemas de justicia, educación, salud y "habitat" a nivel de la sociedad.

El cuarto nivel, importante previos los anteriores, pero incapaz de suplirlos, es el de la *administración universitaria* que, si es verdaderamente funcional, tiene que ser unificante. No vale la pena insistir en el fundamental apoyo que una administración con objetivos claros presta a la labor universitaria. Lo que si es necesario destacar es la necesidad de una administración consciente de que es medio y no fin, de que está llamada a unir, pero no a unificar en el sentido de entender todos los procesos universitarios como necesariamente idénticos, obligatoriamente encasillados dentro de los mismos procesos, indefectiblemente impedidos de cualquier tipo de originalidad o espontaneidad.

Los cuatro niveles de unidad de la universidad exigen *dos condiciones* para que puedan verdaderamente lograr su cometido: una real autonomía y un carácter verdaderamente corporativo y científico.

Una real autonomía en los cuatro niveles: autonomía de la universidad para fijar su opción humanística, su alta política institucional, sus objetivos y estrategias para cumplir la misión tal como la concibe, dentro de los cánones del bien común de la sociedad; autonomía de las facultades para procurar el desarrollo de su función específica dentro del principio de que su naturaleza centrífuga no es absoluta, sino relativa en el sentido de estar obligada a contribuir al todo de la universidad desde su ángulo específico, en una actitud dialogante de dar y recibir y en función del bien común de la universidad; autonomía de los docentes y discentes para desarro-

llar su labor científica de acuerdo con sus capacidades e intereses y dentro del compromiso institucional contraído en el momento de optar por una entidad universitaria en la que existen determinados intereses corporativos; autonomía de la administración universitaria para crear la infraestructura necesaria para la labor de apoyo de la tarea universitaria. En síntesis, *autonomía de la universidad* para ser tal universidad, para desarrollar su actividad específica, para promover su personal docente y discente y para administrarse de acuerdo a sus propios criterios. La segunda condición es que la unidad en los cuatro niveles se busque con *carácter verdaderamente corporativo y científico*. La corporatividad científica es una de las notas de la universidad más unificantes, pero más difíciles de lograr pues tiene que ver con la visión que se tenga de la ciencia, de los límites de la libertad de llevar a la práctica lo que se presume fruto de una investigación y, de nuevo, del humanismo, entendido como concepción global de la tetralogía arriba mencionada: mundo, hombre, sociedad, Dios. Sin embargo, es un hecho claro que, no obstante las diferencias y aun contradicciones epistemológicas, es posible el diálogo cuando se persigue la verdad científica por encima de cualquier prejuicio producto de la emotividad o de cualquier compromiso socio-político irrefutable a priori.

En el nivel de la concepción filosófica de la Universidad, generalmente consignada en normas estatutarias, es necesario decir que se trata de una plataforma ideológica fundamental, pero que no puede impedir la búsqueda y el hallazgo de nuevas perspectivas y que menos cierra el campo a la comprensión de lo positivo que pueden tener otras concepciones filosóficas no optadas o en contradicción con las propias. En el nivel de la actitud dialogal entre las ciencias, la científicidad debe ser el requisito fundamental y la barrera contra los celos y competencias inútiles entre las facultades. Solo una visión anticientífica de las ciencias podría llegar a catalogar a unas como útiles y a otras como inútiles. En una visión complejiva del saber humano unitario, todas contribuyen, desde su propio ángulo, al adecuado conocimiento del hombre y de sus relaciones con el mundo, la sociedad y lo trascendente. En el nivel de las ciencias en función de los grandes problemas del hombre y de la sociedad, cometido importantísimo de la corporación científica, es donde las disciplinas diversas aportan toda su potencia uni-

direcciona con miras al estudio de la realidad polivalente: no puede existir interrelación mientras no se de en los que se sientan a la misma mesa una ciencia poseída en profundidad y por tanto capaz de aportar algo significativo en el diálogo interdisciplinario. Por último, en el nivel administrativo el criterio de cientificidad es el determinante en la constitución de los soportes de infraestructura y en la distribución de los recursos. Solo una visión científica de la docencia, la investigación y el servicio puede liberar a la universidad de los favoritismos clientelistas o de cierto tipo de planificación caprichosa al albur del funcionario de turno.

UNIDAD DE LA UNIVERSIDAD E INTERDISCIPLINARIEDAD

En un interesante estudio sobre la unidad de la ciencia, Eugene P. Wiger, anota: "sería maravilloso tener una unidad de la ciencia, una visión coherente del mundo y de todo lo que contiene. Pero, sería acaso una dura bendición? El hombre desea perseguir una meta, y la meta de tal visión es maravillosa y el contribuir a alcanzarla es una de las actividades humanas más satisfactorias (. . .). Tal vez deberíamos estar siempre deseosos de perseguir esa unidad y muchos de nosotros deberíamos ser capaces de disfrutar el hecho de perseguir una meta que no sea del todo alcanzable"⁶. El autor se refiere a la unidad de la ciencia como a una deseable utopía que estará siempre más allá de lo que se presume, en un momento dado, como "visión coherente del mundo y de todo lo que contiene". A pesar de la aparente negatividad del concepto, sin embargo encierra toda la dinámica de lo que se debe tener como meta sin que nunca se alcance totalmente: es el dilema apasionante de la *ciencia siempre abierta a nuevos planteamientos* sobre todo cuando se la mira desde la cada vez más amplia perspectiva del hombre y de la sociedad.

Desde este punto de vista, la universidad de siempre se halla inmersa en el gran problema dialéctico de ser foco unificante de lo que necesariamente tiene que ser diverso. Ya los integrantes de la corporación universitaria han aprendido que solo se puede realizar una actividad científica dentro de pluralismo epistemológico y, un poco a regañadientes, han empezado a comprender "que los

6. WIGER P. EUGENE, *La Unidad de la Ciencia*, en *Tres estudios interdisciplinarios*. Colección Estudios Universitarios, No. 2; Edic Univ. Javeriana, 1977, p. 12.

modos plurales del conocimiento representan modos igualmente legítimos, en igualdad de importancia y validez”⁷.

La unidad de la universidad aparece como la tarea necesaria si no se quiere caer en el descoyuntamiento profesionalizante de una institución que tiene sentido más allá del mercado de las profesiones, único más allá en el que puede prestar un servicio auténtico a la cultura. Ya la universidad que forma profesionales de una línea como función primaria, y de lo demás como función secundaria es un anacronismo imposible. La gran utopía, llámeselo “deber ser” si se quiere, de la universidad es la de la corporación científica en la que la autonomía de una ciencia con respecto a las demás es relativa. Si hoy la sociedad puede esperar mucho de la universidad es porque se ha llegado a la convicción de que “mutuamente los conocimientos todos se complementan, se corrigen, se controlan resultando así una articulación o interdisciplinariedad compleja y dinámica en todo el marco del saber”⁸. No quiere decir esto que la universidad haya perdido su papel tradicional de formadora de profesionales, pero sí que los problemas se han vuelto cada vez más complejos y que, por tanto, la función docente y la investigativa exigen planteamientos más totalizantes y menos repetitivos con la consecuencia lógica de que mayor vida útil para su profesión adquiere el que aprende a aprender y a interrelacionarse que el que simplemente acumula los datos de su ciencia en el momento en que pasa por la universidad. Samson y Karpinski en su estudio sobre la interdisciplinariedad opinan a este respecto: “En el plano de la práctica profesional, la división del trabajo se hace cada vez más frecuente en función de las tareas complementarias exigidas por situaciones concretas y que han conllevado colaboraciones interdisciplinarias”⁹. Esto quiere decir que la formación profesional basada simplemente en contenidos más o menos abstractos sin una actitud de apertura de la propia ciencia a los aportes de las demás es hoy tan peligrosa como enseñar a un soldado a manejar sus armas pero sin acostumbrarlo a formar parte de un ejército.

Pierre de Bie, en un análisis histórico sobre el tema de la integración del conocimiento, tiene esta consideración: “anteriormente,

7. BORRERO, A. *La interdisciplinariedad*, p. 15

8. *Ibid*, p. 17

9. KARPINSKI, MARCEL SAMSO-ADAM, *La Interdisciplinariedad*, Colección Estudios Universitarios, No. 1, Edic. Univ. Javeriana, 1977, p. 8

el problema de derribar las cercas entre las diversas ramas del conocimiento no existía, puesto que casi ninguna de las especializaciones actuales había aparecido, y unos pocos gigantes espirituales se las arreglaban para dominar, en forma simultánea, los diferentes campos de la investigación. Pensamos en Aristóteles, Leonardo da Vinci o Pico de la Mirandola¹⁰. Complementando el juicio de de Bie, recuérdese cómo en el siglo en que nació la universidad algunos maestros privilegiados eran capaces de moverse con igual pericia en los campos de la filosofía, la teología y el derecho, un Pedro Abelardo o un Juan Graciano o el príncipe de los pensadores medievales, Tomás de Aquino. Si estos que podríamos llamar mentes totalizantes de la Edad Media lograron grandes síntesis, se debió en parte a que no habrían aparecido las especializaciones posteriores, pero no solo a eso: el caso era mucho más complejo; en el panorama científico medieval existía una absoluta convicción acerca de la unidad de la ciencia y del método y acerca de la necesaria interacción de los científicos, no por confusión pues la universidad primigenia reconoció las facultades diversas, sino por aplicación del principio de complementariedad en el orden del conocimiento.

Analizando el caso actual, de Bie continúa: "Es claro que hemos llegado a un período histórico en el que se necesita una síntesis a toda costa. Contactos, comunicaciones, intercambios son metas principales para muchos de nuestros contemporáneos en un mundo cambiante en donde los procesos de especialización y diferenciación que compensan la separación se están desarrollando a un ritmo que va siempre en aumento"¹¹. El problema así planteado es doble: el proceso de especialización se ha acelerado por necesidad de las ciencias y la separación entre los científicos ha llegado a ser asfixiante. El primer problema es hasta cierto punto irreversible y de hecho ha contribuido al gran desarrollo científico del mundo moderno; el segundo, requiere una corrección inmediata porque, al quitarle panorama a la ciencia especializada la ha encerrado en una soledad peligrosa, la ha hecho socialmente menos útil y, lo peor, la ha deshumanizado. En el plano universitario, la consecuencia ha sido especialmente grave: no solo ha convertido a la universidad en un caos de facultades absolutamente centrífugas, sino que le ha quitado su función de servidora de la sociedad en la solución de sus problemas complejos que requieren de la inves-

10. PIERRE DE BIE, *Integración del conocimiento: investigación, acción y valores, en Tres estudios interdisciplinarios*, pp. 33-34

11. *Ibid.*, p. 34

tigación interdisciplinaria.

La conclusión de de Bie, "síntesis a toda costa", suena a grito de guerra, pero parece que nace de los imperativos del mundo moderno. Los citados Samson y Karpinski concretan la idea de una manera igualmente perentoria: "el conjunto de los problemas estructurales y organizacionales, incluyendo los problemas de personalidad, debe eliminarse lo más pronto posible, puesto que son problemas que pueden quitar el dinamismo necesario para la colaboración interdisciplinaria"¹². Por lo visto, los que se interesan por el problema de la ciencia y de la universidad creen que es su deber abogar por la regeneración del concepto de corporación científica tan tergiversado por los movimientos federalistas de las facultades o de las profesiones superespecializadas. Hablando de "La Universidad posible", Luis Fernando Gómez anota, con respecto a la división del trabajo, algo que tiene mucho que ver con nuestro tema: "una correcta división del trabajo lo que impone es, no la división natural, como dice aparentemente su nombre, sino la complementariedad, es decir, sobre el supuesto de que existe esa división, por ejemplo, la de profesores y la de los estudiantes, lo que se necesita es que un mismo problema sea afrontado de consuno, en su análisis y solución"¹³. Parece que una vez más es necesario llegar a la conclusión de que la universidad posible, mejor aún, la universidad necesaria es la que rescate su auténtico sentido de corporación, no como estructura o fórmula organizacional de entes centrífugos sin objetivos comunes, sino como universidad en el sentido primigenio que quizás hoy se traduzca por el término "universidad interdisciplinaria". Como anota Borrero, con el uso del término es posible que se esté enunciando la necesidad de una transformación radical de la institución universitaria que exige un paso previo que sirva de ambientación a la interdisciplinariedad: "por el análisis precedente, dice el autor citado, es obvio suponer ya los propósitos que justifican la *universidad interdisciplinaria* o —si se quiere ser menos radical— la *interdisciplinariedad en la universidad*. Aquella supone un cambio *de* la institución; lo segundo insinúa cambios *en* la institución. Lo que no es lo mismo. Un cambio *de* la institución dice con el ser total y sí, como se dijo, dos diferentes formas del proceso del pensamiento fueron la *causa formal* de uno y otro tipo universitario, una causa

12. SAMSON-KARPINSKI, op. cit., p. 31

13. LUIS FERNANDO GOMEZ, *La Universidad posible*, Bogotá, Edic. Univ. Externado de Colombia, 1976, p. 75

análoga está llamada a producir los correspondientes efectos, suficientes para inaugurar la tercera etapa de la vida universitaria: la de la interdisciplinariedad. Síntesis, si así se la quiere llamar, de las dos anteriores, la universidad del pensamiento filosófico y la universidad del pensamiento científico”¹⁴.

Por lo dicho se deduce, según Borrero, que la universidad está llamada a ser interdisciplinaria acogiendo, como paso previo, la interdisciplinariedad “como imperativo de una nueva forma de unión, de concertación, de articulación de los conocimientos”¹⁵. Esto lo afirma como hipótesis derivada del movimiento dialéctico de la ciencia, y de la institución universitaria y como pronóstico acerca del futuro de una institución que no puede resignarse a seguir avanzando por el camino de los personalismos y de la parcelación centrífuga del proceso investigativo y docente dentro del reducto cerrado de especialistas. El problema es que todavía la universidad está inficionada de positivismo científico y de profesionalismo unilineal con la consecuencia de que cualquier intento de unificación dentro de un humanismo es imposible y cualquier asomo interdisciplinario en la universidad hace que los profesionales se sientan amenazados por ella en su reducto impenetrable cuando no coartados en su autonomía científica.

LA UNIVERSIDAD INTERDISCIPLINARIA

Aún con todas las anotaciones previas, el término resulta esotérico en nuestra actual coyuntura universitaria colombiana y fruto quizás de planteamientos utópicos frente al problema complejo de la unidad de la ciencia. Sin embargo, así no fuera por ahora sino un interesante tema de debate, vale la pena reflexionar sobre la *universidad interdisciplinaria* como fórmula para el futuro. Borrero, que frecuentemente hace relación a la historia en sus investigaciones, resume así lo que ha sido la dialéctica universitaria: “la visión histórica propicia comprender mejor la estructura universitaria del pasado, convergente y unitaria, en contraste con la moderna y contemporánea, ramificada y divergente”¹⁶. La universidad, según el citado autor, ha vivido las vicisitudes del cambio radical de

14. A. BORRERO, *La Universidad Interdisciplinaria*, separata de *Mundo Universitario*, 3 (1973), p. 13

15. A. BORRERO, *La Interdisciplinariedad*, Simposio permanente sobre la Universidad, 3a. Unidad, Conferencia 10a. Bogotá, 1982, p. 49.

16. A. BORRERO, *La Universidad Interdisciplinaria*, p. 14

ser foco de convergencia de sus facultades (la primigenia del medioevo) a no ser más que la suma de sus facultades sin función centrípeta distinta a la puramente administrativa, es decir, una universidad profesionalizante, formadora de especialistas, luminarias de su ciencia, pero incapaces de interrelación científica e inclusive de servicio social en el ámbito mismo de los problemas verdaderos del hombre y de la sociedad de la que forman parte. Franco y Tünnermann, en su análisis sobre *La educación superior de Colombia*, apuntan como dos características de la universidad latinoamericana tradicional el "énfasis profesionalista, con postergación del cultivo de la ciencia y de la investigación" y la "estructura académica construida sobre una simple federación de Facultades o escuelas profesionales semiautónomas"¹⁷. En este juicio, que no parece exagerado, hay una dramática verdad de fondo: en la medida en que esas dos características aparecen en una institución universitaria, en esa misma medida se debe afirmar que no cumple con las notas esenciales de una universidad, sino de una "federación de facultades o escuelas profesionales semiautónomas", y aún se puede dudar de la eficacia de su labor en orden a cumplir con sus objetivos de investigación, docencia y servicio a la sociedad en cuanto universidad, es decir, en cuanto corporación científica.

Se podría cuestionar si la interdisciplinariedad es de la universidad o de las facultades y no parece posible una respuesta unívoca dado que, mientras la universidad es foco unificante de lo diverso en el orden de las ciencias, disciplinas y profesiones, la facultad es unidad relativamente centrífuga, es decir, no cerrada en si misma sino abierta a la interrelación científica, disciplinar y profesional. Por eso es verdad que la *universidad interdisciplinaria* exige la *interdisciplinariedad* en la universidad, labor que debe comenzar en las facultades con la creación de actitudes, de equipos de interrelación y de trabajo interdisciplinario colocados frente a problemas que exijan el concurso de "diversas disciplinas".

La universidad, sus estamentos de dirección y administración y sus consejos, se convertirán así en el foco unificante de la actividad investigativa, docente y de servicio al hombre y a la sociedad con el concurso de todos sus efectivos y de sus diversas facultades, es decir, de las diversas disciplinas.

La universidad interdisciplinaria tiene que ser la guardiana de su

17. AUGUSTO FRANCO-CARLOS TUNNERMANN, *La Educación Superior de Colombia*, Cali, FES, 1978, p. 171.

propio humanismo, de su filosofía universitaria, de su estatuto básico. Tiene que constituirse en el foro del diálogo entre las ciencias. Tiene que comprometerse con la investigación de los problemas reales de la sociedad y educar a sus estudiantes dentro del criterio de ser los árbitros del destino de esa sociedad. En una palabra, tiene que ser el punto de confluencia, el foco integrador de la múltiple actividad de las facultades.

El ya citado Luis Fernando Gómez, a propósito de la interrelación de las disciplinas en la universidad, dice: "lo que debe existir es una universidad interdisciplinaria y con ello de veras justificaría que se le llamara *universidad*; de otro modo no pasaría de ser una suma aritmética de escuelas que otorgan tales o cuales títulos"¹⁸. El tener una "suma aritmética de escuelas", quizás ideal de cuño napoleónico, pueda ser todavía un camino; pero ciertamente es la negación de la universidad primigenia y de la tendencia moderna a hacer de la ciencia y de la universidad no un poder político, sino el auténtico poder del saber al servicio del hombre y de la sociedad. Concluamos con Borrero: "no nos extraña haber percibido en Jaspers el anhelo por una universidad que vuelva en pos de la unidad del saber; mas no de un saber concluso y previo, sino del *saber en sí* o el *universo entero de la verdad total*"¹⁹. Quizás es aquí donde radica el más urgente objetivo para la universidad interdisciplinaria: reconquistar la fuerza centrípeta de la institución universitaria frente a unas facultades que se han acostumbrado a absolutizar su autonomía centrífuga o, en otras palabras, lograr interesar a los profesionales de las diversas disciplinas en una labor de diálogo y de sincera colaboración para lograr que el binomio ciencia-universidad contribuya a mejorar la situación del hombre y de la sociedad.

ALBERTO GUTIERREZ. S. J. Historiador, decano de la facultad de estudios interdisciplinarios de la Universidad Javeriana.

18. L.F. GOMEZ, op. cit. p. 58

19. A. BORRERO, *La Universidad Interdisciplinaria*, p. 14